

*Inhumanidad, Erotismo y Suerte en Georges Bataille,*  
por Adriana Canseco, Natalia Lorio y Gabriela Milone,  
Alción, Córdoba, 2008, 1ª edición.

*Juan Manuel Conforte*

La palabra intimidad, puesta en relación con la obra de Georges Bataille, parecería quedar trastocada para todo aquel que se acerca, como un voyeur, a esa extensa confesión que simula su obra. Lo íntimo aparece allí como aquella pura exterioridad que nos es común; que se desliza secretamente en esa experiencia de la cual, de manera sorprendente, poco podemos decir y que en el límite del lenguaje, forzando las significaciones, Bataille llama *comunicación*.

En el bagaje batailleano los términos de la tradición se invierten una y otra vez para mostrar su *parte maldita*. Transvaloración semántica que toma de su cercanía (podríamos decir hermandad) con Friedrich Nietzsche. Sobre él dice Bataille en el libro que consagró a su nombre “Nietzsche escribió con su sangre: quien le critica o, mejor, le sufre, no puede hacerlo sino sangrando a su vez”.

Siguiendo esta exhortación, el libro que presentamos se propone, desde un triple abordaje (que no deja de ser uno), *sangrar* por la herida abierta *en y por* Bataille. Como Silvio Mattoni lo expresa en su prólogo “...en este libro Bataille sigue escribiendo, porque no es posible asistir a la escena de su experiencia sin buscarla, representarla, o sea, volver a escribirla”.

Se produce, de este modo, el *contagio* de la *experiencia*. Una vibración que parece acontecer a través de las palabras pero que señalan lo que de ellas desborda, lo que desde su centro se presenta como excesivo. Es desde este *contagio*, desde esta *trasgresión* esencial al tiempo y espacio (las más importantes categorías del pensamiento occidental) a través de la

cual se ha concebido este libro. Así nos lo confiesan sus autoras: "...la reunión de textos que aquí presentamos es acaso soberana: no responde a ninguna exigencia ni autoridad, sino tan sólo pretende, inútilmente, dar cuenta del tiempo dilapidado de nuestras charlas en las que Bataille fue nuestro soberano y nuestro bufón, donde su puerilidad de rey pidiendo que lo sacrifiquen en la espesura de un bosque nos produjo la torva risa de quienes leen deslizándose hacia la imposible recuperación de la experiencia; donde todo ese inacabamiento del pensamiento batailleano —filosofía y delirio, santidad y erotismo— nos encontraba en el vaivén delicioso de un pensar que se abandona y se consume finalmente en el silencio que se hacía cuando ese día, cualquiera, nuestra charla llegaba a su final y efervescían en cada una de nosotras las ideas que luego, como sea, llevaríamos a la escritura, esa tan solitaria como comunitaria, comunicándose precisamente en la intensa soledad de una palabra forjada en las improductivas emociones de la amistad”.

Pero aún así, como el mismo Bataille afirma, *las posibilidades se reparten y se oponen* y los tres ensayos de los cuales se compone este libro abordan "...el Bataille que a cada una le interesaba, escribir el Bataille que cada una leía”. El único hecho que comparten es el de obviar los discursos académicos que intentan una y otra vez encasillar al autor dentro de la peor de las historias posibles, como decía Maurice Blanchot a propósito justamente de Bataille: la historia de la literatura. Los ensayos del libro buscan la cercanía de la *experiencia* en las lejanas palabras, en la multiplicidad de máscaras que la esconden, y en los infinitos gestos que la *comunican*.

La literatura, la filosofía (en sus postrimerías) y la poética, intentan unificar el objeto del libro: Bataille; y una edad del hombre parece configurarse en las sendas de cada ensayo: la *infancia*. Infancia que lejos de referir a un paraíso estático, a la edad de la quietud, se presenta como el exceso que produce la desviación, la ruptura con toda meta, el desgarramiento de toda subjetividad (en clave hegeliana) y la imposibilidad de un Humanismo adulto y consumado.

Una alteración radical es posible, escribe J.F. Lyotard, *la infancia* es el nombre de esta facultad. Dicha potencia erótica de la infancia parece reco-

rrer el *hilo que teje* estos ensayos: “El Eros batailleano es, sin duda, un niño; un niño despótico e insensato que hace sus juegos en el peligroso y desobediente goce de lo prohibido”, dice Adriana Canseco en el primero de los ensayos consagrado a las *visiones y versiones del erotismo* en las obras literarias de Bataille. La literatura, siempre sustraída del mundo adulto del trabajo, como él mismo señala, se propone como esa impostura del niño ante los padres, “del niño que desobedece y que se pone en una situación de mala conciencia porque tiene presente a los padres a quienes ama y que le dijeron constantemente que no debía hacer eso, que estaba mal, y esto en el sentido más fuerte” (entrevista a G. Bataille 1958). Tensión que atravieza de punta a punta la obra de Bataille: prohibición y transgresión.

Del mismo modo sólo un niño podría enfrentarse al Amo hegeliano descubriendo el velo de su falsa soberanía. Aparece entonces, en el segundo ensayo consagrado a *la subjetividad herida de suerte* de Natalia Lorio, el niño nietzscheano que dice *sí* a la suerte. “Desde Bataille ‘la soberanía’, será ese nuevo espacio para pensar la subjetividad como espacio de la herida, del rasguño, del desgarramiento”. El niño nietzscheano, si es capaz de crear más allá de las impugnaciones de un Dios, crea desde el vacío abierto por la ausencia de Dios en su sí-mismo (*selbst*). Pierde entonces la unidad del ego, “La subjetividad, aparece en el pensamiento de Bataille como una presencia ausente...”, “renuncia a serlo todo”, y constituye desde su sí-mismo, dice Bataille, “un lugar de comunicación, de fusión del sujeto y el objeto. “Antropomorfismo, sí, pero antropomorfismo desgarrado...””.

Por último, la alteración del habla. “Lo que se abre en la desnudez del lenguaje y del pensamiento para el hombre es su in-humanidad sagrada, ésa que late en consonancia con la naturaleza de la que se origina, esa que se comunica íntimamente por los desgarrones abiertos en la inmediatez de las cosas”. La infancia altera los conceptos cerrados de la lógica, de la lingüística y nos acerca al espacio de la experiencia. “Que el hombre no sea desde siempre hablante, dice Giorgio Agamben, que haya sido y sea todavía in-fante, eso es la experiencia”. Pero aquí, hay que aclararlo para ser consecuentes con el ensayo de Gabriela Milone titulado *Georges*

*Bataille y la alegría inhumana de la vida desnuda*, existe un lenguaje de la experiencia que es escritura poética: “Así, la experiencia de la vía neutra es una paradójica experiencia del habla: habla de escritura que lleva una relación de infinitud y extrañeza, habla poética, en suma, que se desvía de lo decible hacia lo indecible, que se vacía en lo neutro y se pluraliza hasta su des-gracia”.

Esta múltiple unidad que paradójicamente recorre las páginas del libro es sin más la intimidad desgarrada de Georges Bataille. Intimidad que, como señala M. Blanchot, nos remite a un “*¿Quién?*” *Sin respuesta*, que el libro intenta captar no en la falsa cercanía que nos proponen los datos y fechas, las categorías y los conceptos sino en la lejanía abierta de aquello que silenció y que desde el fondo de la oscuridad nos observa con los ojos azorados de un niño.